

Tengo pegado al muro un cuco de madera  
que ha mucho que no canta su canción lastimera.  
La causa del silencio no se la he preguntado.  
Llego a pensar a veces que la voz se ha quebrado  
en sus ruedas ocultas y resortes cubiertos  
así como se rompen las voces de los muertos.

Tengo también un viejo aparador cerrado  
y que, al abrirlo, esparce olor a confituras,  
a cera, panecillos, carne y peras maduras.  
Es un sirviente probo  
cuya fidelidad predica contra el robo.

Vienen hombres, mujeres, numerosas visitas  
que no creen en esas invisibles almitas;  
y yo callo y sonrío de que me juzguen solo  
cuando algún conocido, con su gesto cordial,  
entra y me dice: hola, señor Jammes ¿qué tal?»

## El Barquero

(EMILE VERHAEREN)

Va remando a dos manos el barquero  
en larga lucha contra las corrientes . . . .  
Lleva una verde caña entre los dientes.

Mas la que lo llamaba  
allá, tras de las olas,  
cada vez en más vaga lejanía,  
retirarse entre brumas parecía.

Con sus abiertos ojos, las ventanas  
y el reloj de la torre, contemplaron  
su esfuerzo y su coraje,  
plegarse en dos el torso, y contraerse  
sus músculos en ímpetu salvaje.

Un remo se quebró súbitamente . . .  
Hacia la mar con sus pesadas ondas  
lo arrojó la corriente.

Aquella que de lejos lo llamaba  
entre brumas y vientos, parecía  
tender más triste los orantes brazos  
hacia el que no venía.

Con el restante remo  
se puso a trabajar en un supremo  
esfuerzo; más fué tanto,  
que en el alma sintió fiebre y espanto.

El timón se rompió súbitamente . . .  
La ya inútil astilla hacia los mares  
arrojó la corriente.

Y sobre la ribera, las ventanas  
con sus ojos enormes y febriles,  
y los cuadrantes de las torres, viudas  
de milla en milla enhiestas a la vera  
de los ríos, miraban fijamente  
al hombre loco en su furor salvaje  
de prolongar el insensato viaje.

Aquella que de lejos lo llamaba,  
entre las nieblas sin cesar gritaba,  
la faz hórridamente dirigida  
hacia la inmensidad desconocida.

Cual si fuera de bronce, aquel barquero  
firme ante el huracán sañudo y fiero,  
con el único remo entre las manos  
golpeando las ondas proseguía,  
y sus pupilas de mirar intenso,  
viejas y alucinadas,  
miraban la brillante lejanía  
desde donde surgiera  
la eterna voz bajo la racha fría.

Quebróse el otro remo de repente . . . .  
Como una leve paja, hacia los mares  
lo arrojó la corriente.

El barquero dejó caer las manos;  
se desplomó sobre la barca, triste,  
desfallecido por esfuerzos vanos.  
Un choque brusco hizo virar la nave,  
y volvió atrás los ojos . . . ¡Ni siquiera  
había abandonado la ribera!

Ventanas y cuadrantes  
con beatíficos ojos deslumbrantes,  
la ruina de su afán fueron mirando;  
más el viejo rival de las corrientes  
guardó tenaz, Dios sabe para cuándo,  
la misma verde caña entre los dientes.

## El árbol

(EMILE VERHAEREN)

leche III

Siempre solo,  
que el verano lo arrulle, que el invierno lo ultraje,  
aterido su tronco o en verdor su ramaje,  
al través de los días de saña y de ternura,  
él impone su vida enorme y soberana  
a la llanura.

Ve las mismas praderas hace cien y cien años  
y las mismas labores y los mismos rastros;  
los ojos ya cerrados por la muerte, los ojos  
de ancianos que se fueron,  
fibra por fibra vieron  
rugarse su corteza y anudarse sus ramas.  
Él presidió tranquilo y fuerte sus trabajos;  
sobre su pie velludo les dió lecho musgoso  
donde abrigar la siesta bajo el sol ardoroso,  
y brindó sombra pía  
a los mozos de antaño que se amaron un día.

En vecinas aldeas, al rayar de la aurora,  
se vaticina el tiempo según que canta o llora;  
él conoce el enigma de las nubes en vuelo,  
del sol que refunfuña tras el brumoso cielo;  
es el pasado en pie sobre la vega triste,  
y cualquiera que sea el recuerdo clavado  
que en su seno persiste,  
cuando termina enero  
y savia gloriosa circula y se derrama  
en las yemas recientes, en el tronco, en la rama,

—brazos que se retuercen, labios en crispatura—  
él arroja a los vientos su gran grito que clama  
a la vida futura.

Hebras de luz benigna y de lluvia clemente  
préstanle ayuda y forman la trama del follaje,  
y contrae sus nudos, y alisa su ramaje,  
y alza al vencido cielo más enhiesta la frente.  
Tan a lo lejos hurgan sus raíces porosas,  
que agotan largo trecho las tierras pantanosas  
y se detiene a ratos para ver asombrado  
aquel trabajo mudo, profundo, encarnizado.

Mas para desplegar y reinar en su alteza  
¡oh, los crueles inviernos, oh, las batallas duras!  
las espadas del aire que rasgan la corteza,  
el chocar de los cierzos, la rabiosa ventisca,  
las escarchas que fingen ásperas limaduras,  
el odio desatado en la contienda brava,  
los granizos del Este y las nieves del Norte,  
el hielo blanco y triste cuyo diente se clava  
hasta la albura, el noto que las ramas desfibra,

todo furor que fuerce, todo dolor que vibra,  
sin que jamás pudiera.

el fragor de la lucha apagar un instante  
aquel anhelo insomne de su vida pujante  
por alzarse más noble en cada primavera.

Cuando en octubre triunfa el oro en su follaje,  
con paso largo aún, mas inseguro y lento,  
he emprendido a menudo el prolongado viaje  
hacia el árbol que cruzan el otoño y el viento.  
Cual gigante brasero de frondas y de llamas,  
se elevaba sereno bajo el cielo impasible,  
y millares de espíritus entre sus ramazones  
coreaban arrullos y entonaban canciones.

Yo iba hacia él, los ojos inundados de lumbre,  
lo tocaban mis dedos, lo estrujaban mis manos,  
sentía estremecerse su inmensa pesadumbre  
de la tierra en el fondo  
con estremecimientos enormes, sobrehumanos.  
Apoyaba en el árbol mi pecho jadeante  
con un amor tan vivo, con un fervor tan hondo,

que su ritmo profundo y su fuerza incesante,  
del corazón en ansias me llegaban al fondo.

Y me asociaba entonces a su vida amplia y bella;  
formaba parte suya cual si fuera una rama.  
Espléndido se erguía al sol como un ejemplo.  
Yo amaba con más fuerza tierras, bosques y ríos  
y la desnuda vega por do pasan las nubes;  
yo me sentía firme y audaz contra la suerte;  
mis brazos anhelaban estrechar el espacio;  
el cuerpo era más ágil, el músculo más fuerte.  
Grité: «la fuerza es santa;  
es preciso que el hombre sepa grabar la planta  
ruda sobre la senda del designio preciso.  
Ella tiene la llave que guarda el paraíso  
y es de su mano púgil el franquear la puerta»,  
Besé el tronco nudoso con viril energía,  
y cuando ya la noche del cielo descendía,  
me eché a correr sin rumbo por la campiña muerta,  
llevado por las alas de un afán inconsciente,  
con gritos que surgían del corazón demente.

Lamentos

(CONDESA MATHIEU DE NOAILLES)

Idos, dejadme a solas con los muertos; reposa  
la muerte bajo el polvo; la mañana es hermosa;  
tiene el aire perfume de pensiles y huertos;  
los muertos, para el resto de la vida, están muertos.  
Este cuerpo undulante, al pasar de los días,  
tendrá su frente calva y sus cuencas vacías,  
y he de hundirme en el sueño solitario y profundo  
yo que no dormí sola ni una vez en el mundo.

Todo lo que se extingue y todo lo que cesa,  
las ávidas pupilas y la boca que besa  
serán silencio mudo y sombra entenebrida,  
mientras que ya la verde primavera florida  
sube empapada en savia, en oro y en rocío.  
Tener un rebotante corazón como el mío  
de ensoñación y anhelos, de afán y de esperanza,  
y no sentir el ósculo de la aurora que avanza.  
Ser el tiempo inmutable bajo el letal reposo.  
Otros vendrán dispuestos al placer jubiloso;  
parejas juveniles cantarán sus amores  
contemplando las mieses, los campos, las labores,  
de la estación que vuelve la color delicada . . . .  
y yo estaré ya muerta, y yo no veré nada.  
Me será extraño el goce de mi vivir activo;  
mas aquellos que lean en los versos que escribo  
el afán de mis ojos y el ardor de mi mente,  
vendrán hacia mi sombra luminosa y riente,  
mas vendrán con el alma de desaliento herida  
porque tiene mi polvo más calor que su vida . . . .

## Gólgota

(SAINT-POL-ROUX)

Con sus velos más tristes, el nublado horizonte  
se crispa sobre el drama universal del monte,  
y lanzas triangulares con su brusco perfil  
sobre el asta simulan la lengua de un reptil.

Clavado entre dos lobos de humanado semblante  
y como fresco trozo de carne palpitante,  
agoniza el Cordero, a la cruel embestida  
del odio, aquel que daba su mansión y su vida.

Jesús bala un perdón supremo en la tormenta  
en que cruje y rechina su estrujada osamenta;  
más la sangre purpúrea que de su frente llora,  
sus angustias divinas de corales enflora.

Judas, siniestro sapo con humano atavío,  
bajo un árbol clemente mece un dolor tardío,  
y se dice que arriba se apagan los luceros  
para no parecerse a los treinta dineros.

## El fauno

(ERNESTO RAYNAUD)

Yo fui sedente fauno oculto en el follaje  
cabe rincón florido de un parque abandonado  
donde atisbé con ojo marmóreo y asombrado  
el salto de una ardilla y el vuelo de un celaje.

Hoy por hoy, un museo me sirve de bosque,  
y por recuerdo único del sitio que he dejado,  
hay dos briznas de hierba que a mis pies han brotado,  
y en la ventana abierta, un trozo de paisaje.

Mi reclusión da fuerza a las memorias mías.  
¡Oh, alígera parvada que a la aurora venías  
a beber el rocío de mi mano en la palma!

Aquí me rinde un pueblo asombro y ovaciones  
y me cuidan lacayos de dorados galones;  
mas en el viejo parque se me ha quedado el alma.

## ÍNDICE